

## TOMANDO SOL EN EL CLUB

Pilar Dughi

Estaban tirados sobre la arena de la playa. Hacía calor y Liliana no quería broncearse demasiado. Tenía la piel muy blanca.

–Alfredito, ponme un poco de aceite en la espalda.

–¿Más?

–Sí. si no, me salen pecas. ¿Has visto? Allá está Susana y se nos va a acercar. No le digas de dónde vienes.

–¿Por qué?

–No seas bobo, ya te he dicho mil veces que no me gustan tus comentarios macabros. Cada vez que regresas del servicio hablas tonterías y eso es lo que Susana está esperando.

–No voy a decir nada, Liliana.

–Está con la vieja de su tía, esa entrometida que anda diciendo por ahí que nunca nos vamos a casar. ¿Sabes?, se va a caer de espaldas cuando reciba la invitación.

Él le había untado aceite en los brazos y ahora le frotaba la espalda.

–Cuidado, no tan fuerte, no seas bruto. Trata de comportarte ahora, ya se están acercando. La tía se va, qué bien. Dile que vienes de Las Palmas. Que luego te destinan a Piura, dile cualquier cosa. No te atrevas a contar nada de la selva, ni de la zona de emergencia.

–Pero ya deben saber de dónde vengo.

–No importa. No abras la boca, por favor. Tu trabajo es tu trabajo, please. Ahí viene Susana. No te imaginas cómo está de envidiosa desde que supo lo de la boda. Bueno, todo el mundo ya lo sabe en el club porque mi madre se lo contó a las señoras. Le enseñé a la mamá de Susana el brillante que me regalaste y se quedó boquiabierta.

Él continuó dándole suaves masajes aceitosos en la espalda.

–Ya viene. Claro, no se lo iba a perder. Susana estaría feliz si nos hubiéramos peleado. A ella cada enamorado le dura seis meses. Nunca ha estado con nadie de la Fuerza Aérea. Dice que los prefiere civiles porque los militares están locos. Imagínate. Si su papá la escuchara la haría callar. ¿Conoces a su papá? ¿Al coronel?

-Él ha sido mi jefe.

-¿Por qué nunca vendrá al club? Debe tener mucho trabajo. Mira, allá está la suegra del general Márquez, ¿has visto? Su hijo murió, ¿no? Qué horrible, fue en Pisco, estaban probando una nave y se estrelló. Déjame, me haces daño. ¿Qué tienes? Ya te he dicho que no me mires así, pareces idiota.

Alfredo se recostó en la arena y cerró los ojos.

-Hola, Susana.

-Hola, Alfredito. ¿De dónde vienes ahora?, ¿de la selva?

Él abrió los ojos y pestañeó.

-No, de la base -contestó rápidamente Liliana.

-Liliana, qué quemada estás. Pareces un cangrejo.

-Ya nos íbamos- contestó Liliana, y comenzó a recoger su toalla.

Susana se sentó al lado de ella.

-¿Cuándo te casas?

-Dentro de un mes.

-Me voy a dar una zambullida -dijo Alfredo irguiéndose.

-No te tardes -exclamó Liliana.

Alfredo se puso de pie y corrió hacia el mar.

-¡Qué flaco está! -exclamó Susana contemplando la silueta de Alfredo-. Es repulsivo el trabajo que hacen. Qué peligroso, ¿no?

-No hay remedio -contestó malhumorada Liliana-. ¿Y tú cuánto tiempo vas a estar aquí, en el club?

- Hemos venido con mi tía, por una semana. Hay una fiesta con todos los oficiales el viernes. ¿Van a ir?

-¿Dónde? ¿Aquí?

-Claro. Oye, ¿y cómo lo ves a Alfredo?

Liliana miró el mar y vio que la playa estaba vacía. Alfredo nadaba detrás de las olas.

-Muy bien -contestó.

-Pero ya lleva seis meses en zona de emergencia. ¿No le ha afectado?

-Está regio, y lo han ascendido.

-Mi primo está con pesadillas. No te imaginas. Con tratamiento psiquiátrico y ya lo van a dar de baja. Creo que debe haber sido insoportable.

Liliana hizo un hoyo jugueteando con la arena.

-No puedo creer que vivan normalmente después de haber estado matando gente -continuó Susana-. ¿Él no te ha contado?

-No hablamos de eso -respondió Liliana con una sonrisita congelada.

-¿Pero acaso no sabes cuál es su trabajo?

-No, no lo sé -afirmó con desdén.

-¿Nunca preguntas?

Liliana hizo un mohín de disgusto.

-¿Para qué? Me basta con verlo tan contento, tan bien.

-Mi primo tenía temblor en las manos. Después se puso muy violento y terminó pegándoles a sus hermanas. Luego hablaba tonterías.

-A veces les pasa a algunos.

-Liliana, yo quería hablarte desde la vez pasada. Me encontré con Alfredo y se puso a conversar conmigo y luego me dijo que tenía la mente en blanco y que ya no iba a ir al cielo. Que a un hombre como él sólo le esperaba el infierno.

Liliana rió.

-Te estaba tomando el pelo -afirmó.

-¿Estás segura? ¿No te acuerdas que él era más conversador antes? Cuando ingresó a la escuela era muy alegre y hacía bromas ¿Y la fiesta de promoción cuando fuimos con todos los cadetes? Era el que más se divertía. En cambio ahora lo veo demasiado serio y ya no habla. Está cambiadísimo.

-Te parece. Yo lo veo igual.

-Creo que eres valiente de casarte con él.

-Pero él es normalísimo, hija.

-Mi tía entró una noche al dormitorio de mi primo. La luz estaba apagada y él estaba sentado mirando fijamente la pared. Parecía en estado de trance, como esos hipnotizados de las películas, ¿has visto? Bueno,

ella le habló y él no contestó.

–Alfredo duerme muy, pero muy bien y encima le faltan horas de sueño.

–El psiquiatra les dijo que apenas tuvieran insomnio lo llamaran porque si no duermen se pueden volver violentos. Parece que es lo primero que les pasa. Mi papá les pregunta siempre a sus oficiales si duermen bien, ¿sabes? Ya es una regla.

–¿Ah sí? –preguntó distraídamente Liliana.

Alfredo nadaba bastante lejos de la playa. Su cabeza se veía como un punto negro sobre las olas.

–Dice mi papá que los oficiales no deberían estar más de veinte días en zonas de emergencia, como la gente de la marina. Debe ser para que no se loqueen.

Liliana sacó de su cartera un pequeño estuche. Lo abrió y extrajo un espejuelo redondo.

–Qué secos tengo los labios –dijo.

Se colocó el sombrero sobre la cabeza y a continuación se limpió la piel del rostro con un pedazo de papel higiénico.

–Pero en el ejército llegan a estar seis meses. Es demasiado, yo creo. Es infernal. Los amigos de mi papá cuando se reúnen y toman sus tragos cuentan unas historias espantosas. Él no quiere que nosotras escuchemos, por algo será, y se encierran en el bar.

Liliana se echó un poco de lápiz de labios.

–¿Te gusta este color? –le preguntó a Susana.

–Es muy fuerte.

–Está de moda, se llama bronce. Mira mis polvos transparentes. Son especiales para la piel irritada. Son antialérgicos –explicó Liliana. Y le mostró a Susana un estuche de carey marrón.

–Ahora que mi primo está loco hasta mi tía tiene miedo de quedarse sola con él en la casa. Dice que sube y baja escaleras sin ningún sentido. Una vez estaba en la cocina y de pronto él apareció a su espalda, y la miraba de una forma tan anormal, que ella temió que él cogiera un cuchillo y se lo clavase.

–Ya me voy, ahora sí que me voy. Y Alfredo no regresa, qué pesado –dijo Lilitana recogiendo su cajita de maquillaje.

–Ocurre de la manera más imprevista. Todo parece normal y de pronto, ¡zas!, aparece la locura.

–Oye, ¿por qué no estudias psicología? –preguntó Lilitana volviéndose bruscamente hacia Susana–. Te encanta pensar en todas esas cosas. Qué aburrido.

–Es que me preocupa mi hermano que quiere postular a la escuela. Ni siquiera mi mamá quiere, pero mi papá lleva lo de la Fuerza Armada en la sangre. Qué desgracia, ¿no? Ser militar para que te maten los terroristas. Y si no, te vuelves loco.

–Qué imbécil, ahora se ha vuelto a zambullir –exclamó Lilitana haciendo señas a Alfredo.

–Mi papá ha estado trabajando con Alfredo, ¿ya te contó? A él le preocupa. ¿No te ha dicho nada?

–¿Alfredo? Él me cuenta todo –contestó Lilitana incómoda. Y se puso de pie.

–Dice que se niega a ver al psiquiatra.

– ¿Ah sí? No, no puede ser, porque los obligan a verlo. Siempre los evalúan. Permanentemente.

–No, dice mi papá que Alfredo no ha ido. Quería hablar con el coronel que lo tiene a su cargo. Dice que ha estado demasiado tiempo allá en la selva.

–Bueno, si él no viene, yo me voy a meter al agua a sacarlo. Ya es tarde –dijo Lilitana fastidiada.

Susana se puso de pie.

–Chau –dijo Lilitana y caminó hacia la playa. El agua estaba fría y tiritó un poco. Dio unos saltitos para esquivar las olas y corrió hacia el fondo. Se dio una zambullida y emergió inmediatamente. Vio que Susana se retiraba hacia las casetas.

–Siempre tan estúpida –murmuró.

Nadó hacia Alfredo.

–Vámonos, ¡ya es tarde! –le gritó.

No quería perder piso. Sintió la arena mullida en la planta de los pies. Alfredo nadaba desde un extremo a otro de la playa. Parecía no escucharla. Ella se volvió. Susana ya había desaparecido. Apenas quedaba una mujer tendida de espaldas debajo de una sombrilla.

-¡Alfredo! ¡Alfredo! -gritó de nuevo.

Él le hizo una seña con las manos para que se aproximara. Ella se alzó los hombros. Nadó suavemente hacia él. El agua ahora estaba tibia.

-Alfredo, te he dicho que ya es tarde, deben ser más de las cinco. Ya se ha ido todo el mundo.

-Ven, aquí está delicioso.

-Estás muy adentro, ven, sal un poco.

-No, acércate.

-No me gusta nadar tan lejos. Ya sabes, hay corriente a estas horas. Además, ya se ha ido el salvavidas.

-¿Tienes miedo?

-Por supuesto que no. Pero nos puede dar un calambre, ¿no?

Se acercó hacia él. Ya no tenía piso. A lo lejos, la sombrilla de la playa era un puntito rojo y amarillo.

-¿Sabes lo que dice la necia de Susana?

-No.

-Es una viborita. Esa debió haber estudiado psicología.

-¿Qué te dijo?

-Es pura envidia, ya sabes. No soporta que alguien se case. Como ella ya tiene treinta y cinco, se siente como vieja. Anda buscando chismes con todo el mundo. Me contó lo de su primo.

-Ah, ¿Ramón?

-Sí, ¿lo conoces?

-Hemos estado en la misma patrulla.

Vino una ola y Alfredo se sumergió bajo ella. Liliana trató de mantenerse a flote.

-Bueno, dice que se loqueó. No dormía.

-Sí, a varios les ha pasado -contestó él- ¿Qué más te dijo?

-Toma pastillas, lo van a dar de baja.

-Tal vez a mí también.

-¿Qué? -preguntó Liliana-. ¿Qué te pasa?

Él rió.

-Basta de bromas.

Alfredo la miró fijamente.

-No me gusta que me mires así, ya te he dicho, pareces idiota.

Él no apartó la vista. Ella volvió la cabeza hacia la playa. Estaban demasiado lejos.

-Alfredo, háblame, dime algo, oye, ¿qué tienes?

Él no contestó. Estaba serio. Tenía una arruga en la frente que se hacía cada vez más profunda.

Se acercaba lentamente hacia ella.

Entonces, ella nadó y nadó. No paró hasta que llegó a la orilla de la playa. Se sentó en la arena y lloró.